

seiscientos villanos. Juntáronse sin escarmiento destos muchos en número, que pudieron representar ejército formidable para embarazar sus pasos á los forasteros; mas persuadidos de la voz que se derramaba con maña, de los conciertos hechos con Francia, se retiraron á sus casas, no sin sospecha y malcontentos; que el discurso de los entendidos forzosamente cede al ímpetu de la multitud.

A 27 llegó un cuarto de legua de Maubenge, alojándose en Saliermont, pasando todas tropas el río Sambre: quemaron con licenciosa crueldad las aldeas Remsart, Beaufort, Doulers, Saint Aubain: entraron junto á Binch, en la abadía de la Buena Esperanza, acreditándose como tiranos con el miedo de la desorden, que ántes los granjea aborrecimiento, siendo vencidos ejemplo, y vencedores escándalo (a); mas detestables en el mejor halago de la buena dicha. Diferentemente se numeraba su gente: unos aseguraron seis mil caballos y cuatro mil infantes, y otros doblaron el número de la infantería. Acreditó la confianza suya en las ventajas y la proporción ordinaria de los ejércitos.

Don Gonzalo de Córdoba, sabiendo las malicias de sus pasos y las amenazas de sus armas, enterado del camino que prevenía, habiendo á toda diligencia pasado el Mosa en Givet, entró por Pont de Loup, acuartelándose entre Florú y Mele, en los confines de Brabante y Naamur. Dispuso á 29 de agosto sus escuadrones, y puesto donde le alcanzasen á ver los que no le pudiesen oír, les dijo:

«No prevengo razonamiento para animaros, ántes vengo á fortalecerme con veros: conozco vuestro valor, tengo experiencia del aliento que os sobra para todos los trabajos, y con cuánto alborozo sabeis despreciar las dudas y suspensiones de la guerra. Empeñada está la fortuna con las armas católicas: cierto es que no se ha de desdecir de la justificación con que nos ha asistido ántes. La ventaja que hoy tiene al enemigo orgulloso, es cuidado de la suerte para acreditar nuestra victoria, y que se aclame por la virtud, y no por el número. Gran fineza ha sido la de la providencia de Dios en escogernos, pequeño ejército, para defensa del mayor peligro y remedio de la mayor necesidad. ¿Cuándo se vieron las armas de los contrarios tan adelantadas en estos países, seis leguas de Bruselas y otras tantas de Lovayna, ni tan reducido á los postreros lances la ruina y pérdida destos estados? Cuando los rebeldes, asistidos desta violencia, están desvelados con las armas en las manos, quiere Dios (á él se han de dar las gracias) que, corto escuadrón, seáis orilla donde se rompa inundación tan extraña y borrasca tan soberbia. Caricia es de la misericordia de Dios, que no solo quiere defendais á los vuestros, sino que vean el peligro con que lo haceis, que oigan el ruido y sientan el fuego, que sean testigos de la libertad de que os serán deu-

(a) Así la describe Lope de Vega:

Allí lloran las miserables villanas,  
Los desnudos muchachos á los pechos;  
Allí los viejos las nevadas canas  
Bañan en llanto, de dolor deshechos;  
Ya por el aire á las regiones vanas  
En fuego suben los quemados techos,  
.....  
Trigos, viñas, frutales, campos, prados,  
Bárbaramente dejan agostados. (Jornada I.)

dores, y que la majestad Católica conozca que de sus fuerzas tiene en vosotros las más diligentes y bien afortunadas, y las que mejor y á más riesgo logran su obediencia y acompañan sus estandartes: que á mí nadie me quitará la gloria deste peligro ni el blason del riesgo aparente con que tengo en poco, blasonando vuestro esfuerzo, esas escuadras, más difíciles para contadas que para vencidas. Despreciada centella somos; confiada vanidad nos busca: acreditemos el proverbio con el subceso; conozcan que la nuestra es confianza y no desesperación; y averiguemos que la suya es osadía y locura delincuente, no valentía ni determinación prudente.»

Con esto, habiéndole respondido los semblantes de todos, le embarazó el razonamiento el verse acometido de la caballería de Mansfelt, que le excedía en grande número. Prosiguió con las armas lo que exhortaba con las razones, tan bien asistido de los suyos como cercado de los contrarios, que con porfía y exceso y rabia, duplicados en cada uno de los nuestros, los escondían en su número. Mas reducidos á buscar la postrera defensa en sus manos, de tal suerte se desataron de los nudos con que los ceñían los escuadrones de Mansfelt, que en poco espacio de tiempo se hicieron lugar, de manera que echaban ménos en la rota los enemigos que ántes les sobaban en las amenazas. Duró la batalla desde la mañana hasta dos horas de la tarde, y fueron ménos dificultosos de vencer que de hallar. Murió de los nuestros don Francisco de Ibarra, maestro de campo, y algunos capitanes del tercio, y muchos alféreces y gente particular de naciones.

Murieron entre otros el barón de Armerios de Casa Refin; fué herido don Alejandro de Robles, conde de Homapas, capitán de caballos. De los enemigos, en esta primera refriega, murieron mil y quinientos; perdieron ocho estandartes. Murió uno de la casa de Weymar, sajón de los que más apretaban la batalla; valiéndose de la ventaja del sitio hirieron en un brazo al obispo de Halberstad, y derribaron otros condes, y barones, y capitanes: quedó preso el Ringrave.

Mansfelt encaminó su huida á la baronía del Perwez, que es del barón Brabante, dejando por el camino mucha gente herida, y su infantería desamparada tan vilmente, que pareció estratagemas del temor dejar vidas en que se entrefudiese nuestra gente, por asegurar su temerosa retirada. Y así sucedió, pues junto á Ham, en la frontera de Lieja, se la degollaron toda don Felipe de Silva y el coronel Granchier y algunas compañías de caballos que en su alcance invió don Gonzalo de Córdoba.

Las ruinas de Mansfelt llegaron lastimosas á Tilburg, aldea de Brabante, cuatro leguas de Bredá y de Bolduc, en número de cuatro mil hombres. Al obispo de Halberstad cortaron el brazo, de la herida, que fué enconosa, mas bien encaminada.

A 4 de setiembre, la serenísima señora Infanta fué á Malinas por favorecer la gente de don Gonzalo de Córdoba, favoreciendo el valor de los soldados, que con victoria tan importante estrenaba el vasallaje y servicio del rey Católico, su sobrino don Felipe IV, á cuya corona, lo que fué duda y cuidado, determinaba Dios en triunfo y gloria (b).

(b) Tenía dispuesto don Gonzalo, cuando su alteza se acercó, el campo casi en la manera que le pintamos en Florú, y así á su vista comenzó una gallarda escaramuza, y armado él de todas pie-

En tanto que estas cosas en este estado prevenían por los enemigos venganza en España, la junta hizo sus cargos y dió traslado al duque de Uceda, Juan de Salazar y don Andrés de Velazquez; y despues de hechas sus defensas y votada la sentencia, fueron condenados, y más rigurosamente Uceda en costas, y restitucion, y destierro disimulado. Apelaron todos, y la piedad de

zas, sobre un fortísimo andaluz, de verde y oro la casaca, y la celada con mil plumas, besó la mano de su alteza, y presentándola despues los estandartes y banderas, despojos de los enemigos, la dió á conocer á los soldados que merecieron tal honor, y dió la vuelta satisfecha. (Céspedes y Meneses, *Historia de don Felipe III.*)

Estas palabras dirige, presentando á la Infanta los estandartes, don Gonzalo, en la comedia de Lope:

El imperio y la corona, Si fuera César, pusiera A esos pies; y si Alejandro, El mundo, parte pequeña Del estrado que pisais. Mas pues no tengo que ofrezca Gosa en mí digna de vos, Desta victoria lo sea Aquestos ocho estandartes, Estos cuatro con empresas. Este, naranjado, tiene Tres rosas; dice la letra: Entre espigas. Significa, Por dicha, el premio en la guerra. Este, con la mano armada, Que esta espada blanca muestra, Es del bastardo Mansfelt.	Dice la letra bien necia, Por la libertad; y viene Contra el Imperio y la Iglesia! Este dice: Por la patria. Tiene en un ara sangrienta Un cordero degollado, Volviendo jaspe la piedra. Pienso que fué del Obispo, Que dicen que muerto queda. Este, con el Minotauro, Con Esperanza y Paciencia, Que fué del duque sajón... Pero no es justo que tenga Entretenida tan mal Tanto tiempo á vuestra alteza. (Jornada III.)
--	---

Cierto curioso, que iba á la sazón extendiendo unos Avisos, cuyo manuscrito posee la Biblioteca Nacional, así refiere cómo por Madrid corrió la noticia de la victoria:

«A 19 de setiembre de 1622, besó la mano al Rey nuestro señor el duque de Tursis, que vino con el conde de Monterey.—Este mismo día salió el duque de Alba para Nápoles con lucidísimo acompañamiento de á caballo. Convidó á todos los grandes el duque del Infantado. Fué el concurso innumerable que se juntó á verlo salir.—

su majestad los absolvió por merced de los cargos que el tribunal no pudo (a).

VALTELINA.

Habiendo el duque de Feria, que en Milan era gobernador y capitán general, sucediendo á don Pedro de Toledo, considerado las afrentas que habian pasado las armas reales en aquellos estados, y con la dificultad que don Pedro de Toledo habia restaurado la parte que le tocó; y viendo las ocasiones de todo, y cuán recientes estaban los odios, y cuán viva la discordia, y cuán desvelada la atención del duque de Saboya, afianzada en los atrevimientos pasados.....(b)

Este día llegó la noticia de la victoria que don Gonzalo Fernandez de Córdoba, biznieta del Gran Capitán, tuvo en Flandes, cinco leguas de Bruselas, donde estaba la señora infanta doña Isabel; el cual acometió al enemigo con mil y ochocientos caballos y ocho mil infantes; y el enemigo traía seis mil caballos y ocho mil infantes. Y con haber perdido don Gonzalo la mayor parte de los cabos principales, y estar cercado por todas partes, se unieron de suerte los tercios españoles, y italianos, y algunos alemanes, que rompieron toda la infantería del enemigo. Y en ménos de dos horas degolló casi toda la infantería; y la mayor parte de la caballería se dió á huir, dejando en el campo los bagajes, banderas y artillería. Y la señora Infanta le honró de manera, que salió dos leguas de Bruselas á darle las gracias; y le dió una joya riquísima y una cadena de diamantes de mucho valor, y dos caballos enjaezados, y un vestido que habia sido del señor Archiduque, y mucha ropa blanca y una vajilla de plata labrada; diciéndole que en cuatro ocasiones que habia tenido, y particularmente en aquella, no parecían sus soldados hombres, sino leones; y que así se lo escribía á su majestad para que le honrase.

(a) Como en el antiguo manuscrito de que nos hemos valido, la materia del *Mundo caduco* se halla á continuación de la que sirvió para confeccionar los *Anales de quince días*, allí no aquí era el lugar del párrafo de arriba. Ni le encontramos oportuna colocación en los *Anales*, ni tampoco nos creíamos facultados para dársela.

(b) En este sitio queda truncada la narración, séase porque no la continuase Quevedo, ó no pudiese más en limpio el copiante.